

**HOMENAJE DEL INSTITUTO DE ESPAÑA
AL EXCMO. SR. D. JOSE FRANCES**



Un aspecto del Homenaje a la Antigüedad.

El SR. MARTÍNEZ KLEISER leyendo el discurso, que el SR. FRANCÉS oyó con recogida emoción.

EL Instituto de España rindió el día 14 de diciembre su homenaje anual a la antigüedad académica, que recayó sobre el Secretario perpetuo de nuestra Real Academia, Excmo. Sr. D. José Francés. En aquel solemne y emocionante acto hicieron uso de la palabra el Secretario perpetuo del Instituto de España, Excmo. Sr. D. Luis Martínez Kleiser, y el Presidente de esta misma Corporación, Excmo. Sr. Marqués de Lozoya.

Ese acto, verdaderamente cordial, con asistencia del Presidente de nuestra Academia, S. A. R. el Infante D. Eugenio de Baviera y Borbón, y de numerosos miembros de varias Academias y de otras personalidades muy distinguidas, tuvo gran repercusión en la prensa, la televisión y el Nodo.

El agasajado, Sr. Francés, contestó con un elocuente discurso de gratitud lleno de evocaciones académicas, literarias y artísticas que fue acogido con entusiásticos aplausos.

Las palabras leídas por el Sr. Martínez Kleiser en aquel homenaje a la antigüedad dicen lo que a continuación se reproduce:

“Excelentísimo Sr. D. José Francés y Sánchez-Heredero:

Al ofreceros hoy, en nombre del Instituto de España, su homenaje, tan emotivo siempre, rendido no sólo por vuestra brillante antigüedad académica, sino por vuestros destacados y públicos merecimientos a lo largo de los años transcurridos desde 1923, en que ingresasteis en vuestra Real Academia, he de empezar pidiendo vuestra generosa disculpa por tener que hacerlo abandonando el tratamiento usual de nuestra cordial camaradería, sustituyéndolo por este otro, hiératico y solemne, impuesto por

vuestra categoría, que así lo exige para honor vuestro y satisfacción de quien os habla.

Nacisteis en Madrid; no en este Madrid nuestro de los rascacielos, las grandes vías y los problemas de circulación que presenciamos en nuestro tiempo, sino en aquel otro de ayer, bien anterior a la generación actual, de los guijarros como empedrado de las calles, de los tranvías de mulas, de los *simones*, de las *manuelas*, de los quinqués, de las tinajas y del aguador; es decir, en la penúltima década del siglo XIX.

Vuestra incipiente vocación literaria y artística fue descubierta pronto, además de por el vulgo, por los maestros de nuestras letras, porque Galdós, por ejemplo, se acreditó de profeta al proclamaros “uno de nuestros más esclarecidos escritores”.

Vuestros trabajos, en colaboración con el tiempo, dieron la razón a dicho insigne y glorioso escritor, porque habéis avalorado las bibliotecas con veinticuatro novelas, doce obras de teatro, siete recopilaciones de cuentos y sesenta trabajos de crítica de arte y de carácter académico, muchas de cuyas producciones no sólo tuvieron éxito de lectores en nuestra patria, sino visitaron las ajenas, vertidas en acertadas traducciones, contándose dos al francés, siete al italiano, dos al portugués, dos al inglés, dos al holandés y tres al alemán, a más de cuatro novelas llevadas al cine, que es una especie de traducción hablada y gráfica para el gran público.

Pudiéramos decir que nacisteis con la pluma en la mano, porque empezasteis a escribir cuando aún no había hecho acto de presencia en vuestro labio superior la sombra del bigote, y a los veinte años publicasteis ya vuestras dos primeras novelas: *Dos cegueras* y *Abrazo mortal*. Desde aquella fecha no cesó vuestra péñola de producir trabajos literarios tan meritorios que, cinco años después, ganasteis el primer premio en un concurso frente a Valle-Inclán y Pedro Mata por vuestro cuento *Ley de amor*, con cuyo éxito terminó la etapa inicial de vuestra vida literaria para emprender la definitiva de popularidad y justo renombre al conquistar la creciente atención del gran público con vuestras publicaciones en el *Nuevo Mundo*, *La Lectura*, *Nuestro Tiempo*, los lunes de *El Imparcial*, *Blanco*

y *Negro* y otras varias, hasta conseguir hacer famoso vuestro seudónimo, “Silvio Lago”, en las páginas de *La Esfera*.

Entre vuestras obras merecen ser citadas vuestra novela *La danza del corazón*, que os consagra con su versión a idiomas europeos, y las muy celebradas como *Los pájaros de bronce*, *La mujer de nadie*, *La raíz flotante* y *El hijo de la noche*.

Era natural, después de labor tan vasta, que una Real Academia pusiera en vos sus ojos para llamaros a su seno, y así lo hizo la de Bellas Artes en 1922, como premio a vuestra labor en los doce tomos del *Año Artístico*, declarado de utilidad pública por el Ministerio del ramo.

No se quedó seca la tinta en vuestro tintero con el valioso triunfo conseguido. Bien al contrario, os sirvió de irresistible impulso para consagrarnos ya primordialmente a la crítica de arte, dando la razón a la Pardo Bazán cuando afirmó: “La tendencia general, evidentemente artística en Francés, lo avasalla todo.” Vuestra vocación, después de leído vuestro discurso de ingreso en la Academia, titulado *Un libro de estampas*, os llevó a escribir nuevos discursos y trabajos meritísimos sobre veinticuatro artistas consagrados, cuya relación constituye, por sí sola, un envidiable pedestal de vuestra fama, dado que figuran en ella López Mezquita, José Clará, José Capuz, Martínez Cubells, Marceliano Santamaría, José Pinazo, Fortuny, Juan Espina, Fernando Labrada, Victorio Macho, Luis Pérez Bueno, Elías Salaverría, Jacinto Higuera, Rusiñol, Solana, Moisés, Adsuara, Martínez Vázquez, Subirá, Planes, Vaqueros, Sorolla, Chicharro y Rodríguez Acosta.

Tan fecunda y asidua labor os hizo indiscutible para ocupar la Secretaría perpetua de la Real Academia de Bellas Artes, que ocupasteis hace treinta años, después de llevar ya un decenio largo en vuestra silla académica.

En 1941 recibisteis, para coronar vuestra labor ingente, el Premio Nacional de Literatura, otorgado a vuestra tragedia *Judith*, con cuyo galardón se consolidó vuestra ya bien cimentada nombradía.

Como a vos, tampoco a mí se me acaba la tinta para encomiar vuestros merecimientos, pero sí se me acaba el tiempo que puedo dedicar a vuestro justo encomio. No quiero, sin embargo, pasar en silencio las dos mil conferencias y disertaciones ante dos mil públicos españoles y extranjeros, las múltiples condecoraciones españolas y extranjeras que poseéis y el homenaje que os ofreció vuestra Real Academia, al cumplirse los cuarenta años de pertenecer a ella como individuo de número, en una gran placa de plata, con una reproducción en esmalte de su medalla y las firmas de todos vuestros colegas académicos.

Por desgracia, no podemos dedicaros una placa en la casa donde nacisteis, porque ya no queda de la calle de San Jorge, donde ella se hallaba, después de arrasada por la Gran Vía, sino un resto bajo el nombre de Víctor Hugo. Pero ya que esto no sea posible, os entregará el Instituto una bandeja de plata con inscripción que os recuerde siempre este día memorable, en el que la Mesa que lo rige, y a la que pertenecéis, os rindió el testimonio de su fervorosa admiración.”

Las palabras del Sr. Martínez Kleiser fueron oídas con emoción y aplaudidas con entusiasmo, por lo justas y sinceras, en aquel hogareño ambiente repleto de valiosas creaciones artísticas.